



CREANDO NUEVAS MANERAS DE SER Y RELACIONARSE¹

Frank L. Summers, Ph.D., ABPP

*Analista Didacta y Supervisor, Chicago Institute for Psychoanalysis
Profesor Asociado de Psiquiatría Clínica y las Ciencias del Comportamiento
Northwestern University Medical School*

La acción terapéutica del psicoanálisis ha sido ampliada más allá de la interpretación hacia la creación de nuevas maneras de ser y relacionarse. La concepción del análisis que incluye tanto la comprensión como la creación se encuentra arraigada en dos grandes tradiciones analíticas: el Grupo Independiente británico y el movimiento relacional. Se propone que los conceptos centrales de cada tradición pueden combinarse para crear una teoría de la técnica que se centra en la creación de nuevas maneras de ser para sustituir los patrones tradicionales del paciente. La estrategia clínica por la que se aboga aquí se centra en traer a la conciencia los estados disociados del self y posteriormente utilizar estos estados conflictivos ahora conscientes para crear nuevos patrones de relación self-mundo. Se sugiere una teoría de la técnica que combina los conceptos relacionales de patrones de interacción disociados con la teoría del espacio potencial de Winnicott con el propósito de transformar capacidades psíquicas latentes en nuevas formas de ser. Se proponen criterios específicos para la identificación de nuevas y potencialmente auténticas maneras de ser, y se esboza una técnica para facilitar su evolución desde disposiciones nacientes hacia nuevas maneras de ser. Por medio de dos casos se ilustra cómo la estrategia técnica puede ser utilizada para crear nuevas maneras de ser a partir de un potencial psíquico previamente latente.

Palabras clave: Grupo independiente británico, psicoanálisis relacional, estado disociado de self, conflicto, patrón relacional, espacio potencial.

The therapeutic action of psychoanalysis has been broadened beyond interpretation to the creation of new ways of being and relating. The concept of analysis as including both understanding and creation is rooted in two major analytic traditions: the British independent school and the relational movement. It is proposed that central concepts from each tradition can be combined to form a theory of technique that is focused creating new ways of being to replace the patient's historical patterns. The clinical strategy advocated here is aimed toward bringing dissociated self states to consciousness and then using the now conscious conflicting states to create new self-world relationship patterns. A theory of technique is suggested that combines the relational concepts of dissociated patterns of interaction with Winnicott's theory of potential space for the purpose of transforming latent psychic capacities into new forms of being. Specific criteria are proposed for identifying new potentially authentic ways of being, and a technique for facilitating their evolution from nascent dispositions to new ways of being is delineated. Two cases are used to illustrate how the technical strategy can be used to create ways of being from previously dormant psychic potential.

Key Words: British independent group, relational psychoanalysis, been dissociated self, conflict, relational pattern, potential space.

English Title: Creating New Ways of Being and Relating.

Cita bibliográfica / Reference citation:

Summers, F. (2015). Creando nuevas maneras de ser y relacionare. *Clínica e Investigación Relacional*, 9 (1): 127-152. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.org.es]

Este artículo propone una estrategia clínica para la creación de nuevas maneras de ser y de relacionarse que combina el modelo de la disociación del movimiento relacional con el concepto del espacio potencial empleado por la tradición independiente británica. Se sugiere que traer estados disociados en conflicto a la conciencia prepara el terreno analítico para la transformación del proceso analítico en un espacio potencial en el que nuevas maneras de ser y de relacionarse pueden ser creados. Este modelo de acción terapéutica se ilustra con la discusión de dos casos.

A medida que la relación analítica iba adquiriendo importancia en términos de acción terapéutica, ha habido un énfasis correspondiente en la autenticidad y creación de nuevas maneras de ser y relacionarse (e.g., Bollas, 1989; Aron, 1992, 1997; Mitchell, 1993; Benjamin, 2005). El discurso sobre el cambio analítico ha incluido cada vez más la creación de una relación nueva y más auténtica entre los miembros de la diada analítica. La distinción entre el descubrimiento y la creación ha desvanecido ya que el descubrimiento de estados del self que nunca han sido conscientes aparecen como propiedades emergentes, en lugar de entidades psíquicas plenamente formadas. La revelación de patrones inconscientes ya no se considera como el desenterramiento de una estructura psíquica establecida, sino como la creación de una estructura nueva a medida que los estados disociados emergen a la conciencia (e.g., Stern, 1997, 2004; Summers, 2005). Las motivaciones y afectos descubiertos en análisis no son entidades psíquicas plenamente formadas esperando una revelación consciente, sino estados psíquicos no formulados, o maneras de ser y de relacionarse potenciales (Stern, 1997; Summers, 2005). La metáfora freudiana ha cambiado de la geología de la excavación a la de un escultor que va tallando el mármol hasta que emerja una nueva forma (Loewald, 1960, Summers, 2005). El acto de creación se convierte así en la esencia misma del cambio analítico.

El énfasis en la creación del paciente por medio de la acción terapéutica se encuentra arraigado en dos tradiciones analíticas. El uso de la relación analítica con el fin de proporcionar una oportunidad para la creación del paciente comenzó con Winnicott (1971) y ha sido elaborado por una variedad de neo-winnicottianos o analistas influidos por Winnicott (e.g., Sanville, 1971; Bollas, 1987; Grolnick, 1990; Modell, 1991; Benjamin, 1995; Stern, 1997; Strenger, 1998). Todos estos teóricos ven la esencia de la acción terapéutica como la creación, por parte del paciente, de nuevas configuraciones psíquicas a partir de la interacción analítica. El punto de vista de Winnicott era que el setting analítico exigía una "especie de ausencia de forma" que permita emerger la experiencia del paciente y ser formulada. Los teóricos que han utilizado este último aspecto del pensamiento de Winnicott han enfatizado el uso del espacio potencial en la diada analítica para la experimentación o "juego" con nuevas maneras de ser.

La segunda fuente teórica de la creatividad en la acción terapéutica emana del movimiento relacional y pone su énfasis en la participación del analista con el paciente para crear nuevos

patrones en la díada analítica. Desde la perspectiva relacional, se pone un énfasis relativamente mayor en el rol del analista en la formación de un patrón interaccional analítico nuevo. El factor crucial de la mutabilidad es la nueva relación que requiere la participación de ambos miembros de la díada analítica. Con la participación en la nueva relación emergen nuevas maneras de ser.

La tradición independiente británica, especialmente en su vertiente winnicottiana, emplea el concepto de espacio transicional o abierto para la creación de nuevas formas de ser. La escuela relacional enfatiza la participación en un nuevo patrón relacional entre analista y paciente. Aunque no son puntos de vista de la acción terapéutica necesariamente incompatibles, tienen conceptualizaciones diferentes a partir de las que emergen estrategias clínicas diferentes. El propósito de este trabajo es esbozar un concepto de acción terapéutica que utilice estas contribuciones únicas de cada una de las tradiciones.

La comprensión de la emergencia de estados mentales inconscientes como la creación por parte del paciente de nuevas formas psíquicas, frente a traer a la conciencia formas preexistentes, representa una ruptura decisiva con el pasado, que requiere del mismo modo una estrategia terapéutica innovadora (e.g., Stern, 1997, 2004; Bromberg, 1998, 2006). Tanto la tradición relacional como la winnicottiana conducen a una técnica analítica diseñada a ir más allá de la comprensión de lo que *es*, a lo que *nunca ha sido*.

Esto no ha de rebajar la importancia de otros componentes del cambio analítico, como el insight, dentro y fuera de la transferencia, y la internalización, pero estas estrategias clínicas no están diseñadas para crear nuevas maneras de ser. La técnica analítica tradicional estaba destinada a entender qué es y quizás a rellenar los huecos de funciones psíquicas ausentes, como en la psicología del self, pero no a facilitar la creación de nuevas maneras de ser y de relacionarse. El insight y la internalización son necesarios, pero insuficientes para la creación de nuevas maneras de abordar el mundo. Este cambio hacia el uso del proceso analítico para la creación, en lugar de solamente el entendimiento o la internalización, está arraigado tanto en hallazgos en la teoría del desarrollo como en la teoría clínica.

FUNDAMENTOS CLÍNICOS Y DEL DESARROLLO

El niño nace con disposiciones afectivas que requieren la respuesta del cuidador para poder realizarse (e.g., Tomkins, 1962, 1963; Kohut, 1977; Stern, Da, 1985; Beebe & Lachmann, 2002). Por ejemplo, la alegría del niño no forma parte de su self todavía, pero si la madre responde con alegría, el niño verá reflejada su alegría en los ojos de la madre, y la emoción llegará a formar parte de quién es (Demos, 1983, 1989). Los afectos no reconocidos por las figuras parentales no serán codificados por como partes de quién es, y por tanto no serán retenidos como una parte del self. Cualquier estado psíquico del niño al que los padres reaccionen abusivamente será rechazado. El niño hará lo que sea necesario para sostener el

vínculo con los padres, por lo que cualquier afecto, interés y deseo espontáneo que fuerce o amenace la relación con los padres será apartado (Mitchell, 1988; Summers, 1999a). Puesto que tales experiencias no son articuladas como maneras de ser y relacionarse, los estados escindidos permanecen solamente como potencialidades. Consecuentemente, ciertas disposiciones afectivas y capacidades mentales permanecen en un estado no realizado, y cualquier esfuerzo para encontrar una manera en la que puedan expresarse será indirecto, una ruta que rodee las defensas, y el resultado será un síntoma. Al no tener una oportunidad de ser articuladas, las maneras potencialmente auténticas de ser permanecen latentes, enterradas bajo los patrones de relaciones objetales que protegen dichas partes del self (Summers, 1999a). Este potencial enterrado es el que da lugar a patrones sintomáticos y disfuncionales que serán el blanco del análisis. El análisis se convierte en una técnica para dar forma, frente a descodificar una forma existente (e.g., Bion, 1965). Y esta es la razón por la que es necesaria una estrategia clínica para crear nuevas maneras de ser y relacionarse.

Desde una perspectiva clínica, esta escisión entre la enterrada autenticidad de experiencia y modos de presentación al mundo explican el vacío y la falta de sentido tan comúnmente observados en varios pacientes, sentimientos que son a veces acompañados por una sensación de no sentirse del todo "adulto", y a menudo no del todo "real". Esta angustia se ha vuelto tan común que Mitchell (1993) consideró la autenticidad como el objetivo básico del analista contemporáneo. Esta conceptualización de objetivos analíticos define un cambio dramático de la manera en que es visto el proceso, tanto por analista como paciente, con un cambio correspondiente en la manera en que los analistas evalúan resultados. Muchos pacientes no comienzan un análisis para aliviar síntomas específicos, mientras que en los que lo hacen, el analista encuentra típicamente que la ausencia de sentido se encuentra en la raíz de síntomas comunes tales como la depresión o la ansiedad. Esta es la razón por la que los objetivos analíticos se centran cada vez más en desarrollar la capacidad de agencia y la apropiación de la psique (e.g., Modell, 1991; Benjamin, 1997; Ogden, 2001; Symington, 2007). La teoría cada vez más popular de la mentalización también ve la clave de la acción terapéutica en el reconocimiento de que la experiencia es psicológica, es decir perteneciente al self (Fonagy, et. al. 2002).

En la elaboración de esta idea, Ogden propuso que la esencia del cambio analítico reside en la experiencia que él llama la "frontera del soñar", el momento previo al soñar o hablar en el que hay un vivo impulso creativo. Este momento de creatividad es el que emerge de un "espacio vacío", que Ogden considera el blanco del proceso analítico. Esto es así, según Ogden, porque el propósito del proceso es dar voz a lo previamente inarticulado y que, al articular esta vitalidad, se crea experiencia nueva. De esta manera, Ogden ha llegado a formar parte del cambio de la metáfora geológica del psicoanálisis a la metáfora de expresión artística (e.g., Bollas, 1987; Phillips, 1998).

A pesar de la utilidad de la conceptualización de Ogden, su técnica, siendo diseñada para hacer "audible" las conversaciones entre el inconsciente y la conciencia, se limita por su asunción clásica de que hacer consciente lo inconsciente es suficiente para facilitar la creación de nuevas maneras de ser y relacionarse. Las limitaciones de los cambios topográficos han motivado la fuerte y creciente creencia de que el analista ha de hacer algo para promover la habilidad del paciente de crear nuevas capacidades mentales. Contribuciones recientes a este problema han enfatizado el rol del analista en ayudar al paciente a crear tales habilidades (e.g., Winnicott, 1971; Wachtel, 1982; Bollas, 1989; Frank, 1993; Slochower, 1996; Stern, 1997, 2004; Strenger, 1998; Stern Da, 2001; Summers, 2005; Symington, 2007). La inclusión del analista como un participante en la creación de nuevas maneras de ser y relacionarse reclama una técnica para este propósito. El modelo de desarrollo del potencial enterrado del self ve que lo esencial de las alteraciones emocionales reside en las capacidades detenidas del self, y requiere una técnica que promueva la realización de estas capacidades latentes.

EL ENFOQUE RELACIONAL

Bromberg (1998) abordó este problema proponiendo que la esencia de la acción terapéutica reside en traer los estados disociados a la conciencia. De acuerdo con este punto de vista, el trauma consta de "emociones o percepciones dramáticamente incompatibles" que han de ser procesados dentro de la misma relación, pero tal procesamiento está "más allá de la capacidad del individuo de contener esta disyunción dentro de una experiencia unitaria del self" (p.243). Uno de los estados debe estar disociado y permanece "cognitivamente no simbolizado". La supervivencia se basa entonces en la disociación de la experiencia amenazante, retirada de configuraciones conscientes self-otro. El estado inconsciente no es un afecto discreto, sino un estado del self con su propia narrativa y estilo de relacionarse. Para Bromberg, el factor patognomónico de gran parte de la psicopatología consta de estados disociados del self, en lugar de la represión de afectos particulares. La intensidad de la resistencia se explica por el hecho de que los estados disociados proveen una sensación de mismidad.

El propósito del proceso analítico, desde este punto de vista, no es el logro de la integración, sino hacer conscientes estados disociados del self al ayudar al paciente a simbolizarlos. Bromberg cree que la salud se encuentra en la habilidad para experimentar estados del self dispares o incluso conflictivos sin perder ninguno de los mismos, i.e., "estar en el espacio entre realidades" (p.186). El objetivo del análisis no es, entonces, demoler o siquiera alterar ningún estado particular del self, sino traer cada uno de esos estados en conjunción con otros estados conflictivos. Según Bromberg, la conciencia simultánea de estados del self cambia al paciente desde la disociación al conflicto psíquico.

A pesar de la elegancia de la teoría de Bromberg, uno puede cuestionar si la conciencia de

estados conflictivos, no importa cuan simultáneos y agudos, alteraría los componentes perturbadores de cualquiera de los mismos. Por ejemplo, si un estado de self lleno de odio, envidia y anhelo destructivo es traído a la conciencia simultáneamente con un estado dependiente y narcisísticamente absorbido, del cual ha sido separado, es dudoso que esta conciencia en sí transforme cualquiera de los dos hacia una manera auténtica y funcional de ser. No hay razón para pensar que, sólo a consecuencia de la concienciación, un estado funcional del self se volvería más dominante sobre un estado destructivo del self que antes de dicha concienciación. Incluso si se garantizara que el self odioso y envidioso disminuiría su influencia, continuaría actuando, como una sensación de mismidad, por medio de maneras potencialmente destructivas de relacionarse. Presumir que emergerían nuevas maneras de ser como resultado de la concienciación de estados del self previamente disociados, sería asumir un proceso más allá de los cambios topográficos de dichos estados, y este proceso necesitaría ser explicado desde la teoría clínica.

Donnel Stern (1997) abordó este problema al centrar la acción terapéutica en su concepto "experiencia no formulada". Al argumentar que nuestros patrones comportamentales organizados se encuentran fuera de nuestra conciencia a menos que hagamos un esfuerzo activo en hacerlos conscientes, Stern entiende la verbalización de de patrones interaccionales previamente no formulados como esencial al movimiento analítico. Pueden haber motivaciones defensivas para mantener estados psíquicos sin formular, a medida que el paciente rechaza "dar el salto al sentido" para así evitar hacerse consciente de experiencias dolorosas. Desde el punto de vista de Stern, las maneras de relacionarse sólo se vuelven conscientes por medio de un esfuerzo psicológico activo para darles sentido por medio de la simbolización.

Según Stern, debido al carácter naturalmente inconsciente de configuraciones interaccionales, paciente y analista son apoderados por un patrón de interacción que no ven y que por tanto no está formulado. El propósito del proceso analítico es dirigir la atención hacia los patrones no formulados actuados en la díada analítica para que puedan hacerse conscientes. La acción terapéutica, desde este punto de vista, consiste en gran medida de observar y formular patrones disociados que están en conflicto entre ellos para atenuar el agarre del campo interaccional. Sin embargo, esta atenuación hace conscientes estados disociados, algunos de los cuales chocan entre sí, incrementando por tanto el conflicto psíquico en lugar de reducirlo (Stern, 2004). Contrastando con el modelo de Freud de excavar estados plenamente formados, Stern propone un concepto de acción terapéutica que transforma la experiencia al llevarlo al campo de lo verbal por primera vez. La clave del cambio analítico, para Stern, no es el descubrimiento sino la creación de sentido a partir de estados de conciencia periférica que nunca antes habían alcanzado una formulación psíquica plena. El resultado no es una resolución del conflicto psíquico, sino su iluminación en el campo de la conciencia.

Al reformular la propia naturaleza de los cambios topográficos tanto como un proceso de creación como de descubrimiento, Stern realiza un cambio fundamental del concepto analítico de acción terapéutica. Sin embargo, aunque traer a la conciencia estados disociados lleve a la creación de nuevas experiencias, éstas no se traducen *necesariamente* en maneras de ser y relacionarse. La creación de nuevos estados psíquicos al hacer conscientes memorias, afectos, deseos o pensamientos disociados no lleva por sí sólo al despliegue de los mismos en la relación con el mundo o con otros. No se puede esperar que la creación de nuevos estados, al convertir lo no formulado en forma verbalizada, transforme maneras de ser disfuncionales o negativas en una interacción más auténtica con el mundo y con otros.

A un paciente en un estado vagamente disfórico le podrá ser de ayuda la habilidad de verbalizar y de ese modo dar forma a una experiencia previamente ambigua, pero hacer consciente y verbalizar la disforia, aunque pueda proporcionar alivio, no resulta típicamente en un estado psíquico más elevado. O, de nuevo, el analizando puede hacerse consciente de que muchos insights analíticos evocan una sensación de desinflamiento, una herida contra la que el paciente siente la necesidad de defenderse. El conocimiento de este patrón y la habilidad para simbolizarlo por primera vez no significa que el paciente sea capaz de reaccionar de modo distinto a la próxima interpretación. En efecto, es más típico que el paciente repita el patrón después de la concienciación en lugar de cambiarlo. Un análisis similar puede ser aplicado a la teoría de que la *mentalización*, o la comprensión de que la experiencia es psicológica, es lo esencial de la acción terapéutica (Fonagy, et. al., 2002). Es sin duda de gran beneficio para los pacientes percibir su experiencia como psicológica, pero ese cambio no implica una habilidad de utilizar dicha experiencia para guiarse de manera distinta en el mundo o con otras personas. En pocas palabras, formular patrones interaccionales, aunque la experiencia sea nueva, requiere un proceso más allá para facilitar la creación de nuevas maneras de ser en el mundo.

Los estados psíquicos no formulados fueron suprimidos de la conciencia porque estaban en conflicto con otros estados más dominantes, y la superación de la disociación no disminuye el motivo que originalmente llevó al establecimiento de la defensa. Una vez traído a la conciencia, el material previamente disociado entra en conflicto con los motivos que lo hicieron inconsciente. Esta evolución de la disociación al conflicto está bien representada por Stern (2004) quien considera que el objetivo del proceso analítico no reside en la disminución del conflicto psíquico, sino en su aumento. Sin embargo, no se puede asumir que la emergencia del conflicto psíquico como resultado de la concienciación de estados disociados se traduzca en nuevas maneras de ser y relacionarse.

En la coyuntura analítica en la que estados previamente disociados son puestos en conflicto abierto, la necesidad de una nueva manera de ser emerge con claridad. El patrón antiguo ya no es viable dada la nueva conciencia, pero el estado recientemente consciente choca con el deseo de adherirse a los patrones tradicionales. Actuar cada estado de manera

separada del otro sería asumir que los dos lados de la antinomia con la que el paciente ha vivido agarrado son las únicas opciones. Oscilar entre esas opciones no crea una nueva manera, sino que repite la creencia tradicional del paciente de que los patrones antiguos, tanto los actuados como los disociados, son los únicos caminos disponibles a seguir. Al no ser capaz de ver otra alternativa, el paciente se halla en un dilema. Es en este dilema analítico en el que se debe abrir un nuevo espacio para la creación de una nueva manera de ser. Usando el ejemplo anterior, el paciente que se siente desinflado por cualquier reconocimiento de imperfecciones puede quedarse aliviado cuando el estado disociado de grandiosidad se hace consciente, pero las alternativas a la grandiosidad o la auto-devaluación normalmente permanecerán. Fluctuar entre estos dos estados significa permanecer atrapado en una antinomia de la vida del paciente en lugar de crear una nueva manera liberada de la trampa binaria (Benjamin, 1995, 1997).

LA CONTRIBUCIÓN DE LOS INDEPENDIENTES BRITÁNICOS

Para que se puedan crear nuevas maneras de ser a partir de estados del self conflictivos, es necesaria una apertura en el espacio analítico. Es aquí donde el concepto winnicottiano de espacio potencial hace su contribución única a la acción terapéutica. Winnicott (1971) entendió que el espacio analítico estaba caracterizado por una "especie de ausencia de forma" que permite al paciente jugar con diferentes configuraciones psíquicas. El espacio potencial es una apertura diseñada exclusivamente para facilitar la creación de nuevas formas de interacción. Lo que Winnicott no enfatizó fue el trabajo necesario, tanto por parte del paciente como analista, para crear este espacio. Cuando la pareja analítica se halla atrapada en configuraciones relacionales, el espacio parece estar cerrado. Cuando los estados previamente disociados son traídos a la conciencia, el analista o el paciente puede entonces plantear la cuestión de por qué los patrones actuados son las únicas opciones. Este cuestionamiento no sugiere simplemente que otras alternativas puedan estar disponibles; abre el espacio analítico para la experimentación de nuevas maneras de ser. Sin embargo, esta apertura es inherentemente ambigua; carece de puntos de anclaje para ambas partes de la díada analítica.

Si el analista es capaz de sostener esta apertura mientras el paciente permanece en el estado ambiguo de propensiones psíquicas conflictivas, es posible emprender un potencial psíquico no realizado a partir del cual puedan crearse nuevas maneras de ser y relacionarse. A pesar de sus efectos desorientadores sobre el paciente y a menudo sobre el analista, esta apertura es la encarnación de la "frontera del soñar" de Ogden, el extremo a partir del cual es posible la creación de nuevos modos de actuación que trasciendan los patrones tradicionales del paciente.

El mantenimiento de esta posición de ambigüedad crea una tensión considerable para el analista por el aumento de la ansiedad del paciente y a menudo presiona al analista para

aliviarla por medio de una imposición de forma. No obstante, la creación de nuevas maneras de ser requiere que tal apertura se mantenga hasta que emerja una nueva forma. El analista puede dar origen a tal espacio al sostener la tensión de lo desconocido, la ambigüedad de no saber en vista de alternativas inviables, junto con la fe de que el espacio abierto resultará fructífero. El paciente normalmente se siente perdido y sin puntos de anclaje, y busca alguna manera de aliviar la ansiedad. Sin embargo, la clave de la actitud analítica es la creencia de que esta apertura no sólo es un espacio negativo, sino un espacio potencial, una oportunidad para la emergencia de experiencia psíquica nueva. Para sostener esta actitud es necesaria la disposición a absorber y sostener la ansiedad de la incertidumbre, lo desconocido que provoca una ansiedad en constante aumento tanto para paciente como analista. El analista ha de llevar a cabo un "acto de fe" para que el espacio ofrezca la mayor posibilidad para la emergencia de experiencia nueva. Por tanto, tanto paciente como analista desempeñan un rol clave en proporcionar el entorno de apertura con su ambigüedad inherente para que pueda aparecer el gesto espontáneo.

Como reconoció Ogden, el proceso creativo ocurre en el crepúsculo entre estados psíquicamente formulados. Cualquier intento del analista en aportar claridad a este espacio restringe sus posibilidades. Por tanto, si el analista introduce una provisión de cualquier tipo, el espacio se cierra prematuramente y se limita la posibilidad de creación nueva. Para tener la máxima posibilidad de creatividad, el analista ha de tener en cuenta lo que Keats (1817) llamó "capacidad negativa" y mantenerla, como dijo el poeta, "sin una búsqueda irritable del hecho y la razón". La ansiedad evocada por este espacio ambiguo tiende a motivar un deseo de imponer forma por medio de la interpretación, en lugar de sostener la capacidad negativa del espacio analítico.

Puesto que el propósito del "espacio negativo" es proveer la oportunidad de que puedan emerger nuevas posibilidades (Green, 1975, 1978), el rol del analista, además de mantener el espacio potencial, es el de detectar posibilidades latentes de nuevas maneras de ser. En el estado de limbo analítico creado por la conciencia de patrones establecidos sin alternativas visibles, cualquier pensamiento, afecto o deseo que aparezca puede ahora ser considerado como estados incipientes de ser. Es crucial que en esta fase sin forma, el analista considere los estados nacientes que emergen no como repeticiones del pasado, sino como posibilidades para la creación de un futuro diferente. Habiendo sido rechazado, el material psíquico emergente de la ausencia de forma de la relación analítica a menudo no es reconocido por el paciente como real puesto que no ha sido codificado como un aspecto del self. Es el analista quien ha de ver las posibilidades en las disposiciones, pensamientos y sensaciones afectivas fugaces. Al igual que el reconocimiento de las disposiciones del niño por parte de la madre ayuda a codificar experiencias incipientes como componentes del self, la respuesta del analista a estados incipientes ayudará al paciente a tomar nota de las mismas y darles la oportunidad de

realizarse.

CREANDO NUEVAS MANERAS DE SER Y RELACIONARSE

¿Cómo distingue el analista los eventos psíquicos que pueden tener el potencial de devenir nuevas maneras de ser y relacionarse, de entre el extenso y diverso material verbal y no verbal? Aunque tal discernimiento es una tarea compleja y sutil, hay ciertos criterios que pueden ser usados como directrices en la identificación de pensamientos y sentimientos que indican incipientes estados psíquicos auténticos.

En primer lugar, los afectos e intereses que emergen han de ser sentidos como diferentes de los patrones habituales. El propio paciente a menudo es sorprendido al encontrar sentimientos y deseos que parecen hacer erupción como si vinieran de un lugar interior que ni siquiera sabía que existía. Tienen la cualidad de lo que Winnicott (1965) llamó un "gesto espontáneo". La sorpresa con la que el paciente tiende a recibir la experiencia después de haber elaborado una defensa, sugiere que no se trata de un producto defensivo, sino la erupción de un espacio psíquico recientemente abierto.

Un hombre joven, Bill, al entrar en análisis, afirmó no tener ningún interés ni inversión emocional en nada. Buscó análisis porque se sentía perdido en la vida, sin dirección ni motivación. Su apatía le dio una sensación de malestar que le era difícil expresar, pero que sentía tangible y no sabía cómo deshacerse de ella. Bill era escéptico respecto a los beneficios que le podía proporcionar el análisis, pero sintió que merecía la pena puesto que se sentía tan perdido. Después de varios meses en los que debatía sobre el propósito del análisis, sugerí la posibilidad de que él sentía el mismo estado vago de malestar en el proceso analítico que en la vida y que podía estar tan perdido intentando encontrar una manera de utilizar el análisis como encontraba la vida misma. Bill contestó de una manera sorprendente. Dijo que había estado fantaseando sobre maneras de hacer el análisis más emocionante, aunque nunca me lo había dicho. Cuando indagué un poco más, dijo que había estado intentando pensar una manera de "ganarme en mi propio juego" de algún modo, pero estaba teniendo dificultades averiguando una manera de "burlarme analíticamente" y no estaba seguro de si quería hacerlo, algo que le sorprendía. Cuando pedí que elaborara, siguió diciendo que su manera típica de emocionarse consistía en participar en tramas para ver si podía manipular las situaciones exitosamente a su favor y "ser más astuto" que los demás, a menudo evitando que descubrieran su comportamiento ilícito. Cuando tenía éxito, encontraba un alivio temporal de su aburrimiento. Había estado intentando pensar maneras de hacer esto en análisis, pero tenía dificultades en confeccionar un engaño que fuera gratificante y, además, se dio cuenta de que manipularme con éxito significaría fracasar en el tratamiento analítico. Sin embargo, fantasear tramas para burlarme, para ponerse "por encima" de mí, le hizo sentirse astuto y le dio algo de placer. El análisis le confundía puesto que "ganar", de manera habitual para él, implicaría

derrotar el análisis y por tanto perder su única esperanza de cambiar su vida. En medio de esta discusión, quedó claro que sus manipulaciones le mantenían en un ciclo de tedio y titilación que en última instancia le dejaba con una sensación de vacío.

Me sorprendió oír que había estado tan preocupado, y sentí no poco asombro al oír que yo había estado tan desatento de sus maquinaciones mentales primarias durante los meses que le había estado viendo. ¿Cómo he podido perder lo que ocurría con este hombre? Me preocupé por el hecho de haber estado tan ciego ante una temática analítica mayor y me preguntaba qué otra cosa me pude haber perdido. Me di cuenta de que su *modus operandi* de estafar y engañar explicaba su confusión sobre el propósito del análisis, y me sentí agradecido por su honestidad en reconocer su carácter falaz. No obstante, mi reacción más fuerte fue sentirme avergonzado por haber sido "engañado", burlado por un operario de guante blanco. A pesar del hecho de que creía que él estaba haciendo un intento de transformar sus patrones habituales contándome sobre sus engaños, noté que me volvía bastante escéptico sobre todo lo que me decía; me empeñé en no dejarme llevar. Me aseguraría cuidadosamente de que no sería el objeto de una trama futura incluso cuando intentaba entender su vulnerabilidad y su necesidad de manipular y controlar a otros.

Bill reveló un historial de entretenerse ideando estafas, algunas de las cuales eran claramente ilegales, y obteniendo orgullo de su habilidad para decepcionar y explotar empresas y personas sin llegar a ser descubierto. El placer no se encontraba en ganancias materiales, que a menudo eran pequeñas, sino en la sensación de logro y agudeza intelectual. Durante el proceso analítico descubrimos su temor a que otros se aprovecharan de él. Hablamos extensamente sobre una actitud paranoide que él sentía que le protegía contra los deseos de explotación que proyectaba sobre los demás. Fue en este momento cuando me di cuenta de que mi escepticismo sobre él era una reacción paranoide por mi parte que corría pareja con su paranoia sobre los motivos de los demás. Fantaseaba con "estafarme" para protegerse contra su temor ante mis manipulaciones, y yo me puse en guardia ante él y sus motivos para protegerme contra sus tramas. Expuse todo esto en el espacio analítico, señalando que estábamos repitiendo sus patrones de manipulador/manipulado, explotador/explotado. Bill quedó impresionado con el conocimiento de que ambos nos sentíamos vulnerables al control y al engaño por el otro, pero se encontraba con esta trampa por cualquier camino que su mente decidía tomar. Si intentaba confiar en mí, temía ser entrampado por mis astutas manipulaciones analíticas, y si dudaba de manera protectora, se quedaba encerrado en sus patrones tradicionales de desconfianza. De la misma manera, encontré dificultades en bajar mi guardia con él.

Tanto Bill como yo nos dimos cuenta de que estábamos atrapados en un espacio analítico restringido a unas maneras de ser estrechas: ya sea explotador o explotado, manipulador o víctima. Al ver que sus manipulaciones le llevaban a un callejón sin salida, se despertó en Bill el

deseo de renunciar a ellas, pero no veía alternativa alguna que sintiera potencialmente gratificante. Cuando él intentaba averiguar cómo escapar de la trampa analítica en la que nos encontrábamos, le llamé la atención persistentemente en que no podía ver alternativa alguna a la manipulación y la mendacidad en su relación conmigo. Al decir esto, yo estaba abriendo el espacio a otras posibilidades. Pero este cambio a un espacio potencial requiere que ambas partes de la díada analítica se hagan conscientes no sólo de los patrones actuados, sino también del espacio estrecho en el que requieren que viva la díada. Al experimentar la naturaleza sofocante del binarismo en el que Bill y yo nos habíamos quedado atrapados, vi la necesidad de hacerlo consciente como el camino a ser libre del agarre vicioso que tenía sobre la vida de Bill y las interacciones terapéuticas. Ocupamos así un espacio en el que el antiguo binarismo ya no era viable, pero la ausencia de alternativas dejó un espacio ambiguo y abierto en el que Bill no podía encontrar amarre. Se sintió desconcertado, pero también reconocía que un espacio abierto estaba emergiendo que no estaba restringido por sus patrones tradicionales.

La ambigüedad del espacio abierto dejó a Bill poco aliviado hasta que en una sesión, le salió bruscamente decir, "¡Bueno, los únicos momentos que me sentía realmente bien son los que he hecho cosas por otras personas!" Bill, quien hasta ahora había insistido en no tener ningún "interés real" y cuya única fuente admitida de placer era engañar y manipular a otros, estaba asombrado al oír esta exclamación salir de su boca, aunque no dudaba de su veracidad. Las tendencias altruistas de Bill emergieron tan repentinamente que su verdad era innegable. No sabía qué hacer con esa información y me pidió ayuda. Dije que si sus mejores sentimientos provenían de ayudar a otros, entonces el altruismo era potencialmente una parte importante de él, por muy profundamente enterrada que pudiera estar. Al responderle de esta manera, me di cuenta de la realidad de sus deseos altruistas, codificando así su deseo de ayudar a otros. De esta manera, le ayudé a ver que su deseo de dar a otros le pertenecía *a él*. También hablamos del hecho de que su desconfianza de los demás le protegía de la vulnerabilidad que sentía al hacer cosas por otros. En esos escasos momentos en los que era capaz de superar la defensa, experimentó un grado de satisfacción que de otra manera le era desconocido.

El sorprenderse de Bill nos lleva al segundo criterio para un gesto espontáneo. La disposición psíquica recientemente articulada ha de sentirse auténtica y tener la cualidad de "haber estado siempre ahí" aunque sin notificarse. Observen que en el ejemplo anterior, Bill dijo, "los momentos que me sentía bien..." como si hacer por otros fuera un patrón de comportamiento para él. Se sentía de esa manera a pesar del hecho de que sólo raramente había hecho algo por alguien. Aunque nunca se había considerado una persona generosa o que da, sintió que dar a otros era algo que siempre llevaba dentro. Cuando una experiencia que emerge de manera tan repentina es reconocida, pero no pensada previamente, lo que Bolas (1987) llamó lo "sabido no pensado", ni "descubrimiento" ni "creación" se adecúan

completamente. El paciente tiene tanto la sensación de averiguar algo importante sobre sí mismo y a la vez de crearlo, como si esto no hubiera existido antes. Esta combinación de un sentimiento sorprendentemente nuevo junto con una sensación rara de su familiaridad indica que lo que ha emergido es un "gesto espontáneo", una expresión de potencial psíquico no formado previamente que está obteniendo forma a medida que emerge (Winnicott, 1971).

En tercer lugar, puesto que la autenticidad que se está formando recientemente ha de ser espontánea, no cabe dentro de ninguna categoría preconcebida. Cualquier potencialidad psíquica recientemente liberada de sus amarres defensivos aparecerá, por fuerza, de una manera espontánea que no encaja inmediatamente en patrones establecidos. La naturaleza sorprendente, perpleja e incluso desorientadora del nuevo material es atribuible al hecho de que el paciente no tiene ninguna categoría psíquica preexistente en la que situarlo. Cuando Bill dijo, "me he sentido bien cuando he hecho por otros..." descubrió este hecho sobre sí mismo mientras lo expresaba. No podía afirmar ni afirmó poseer un rasgo de altruismo, y no supo cómo crear tal patrón. Si esta nueva inclinación iba a formar parte de su vida, tendría que crear una nueva categoría, "auto-sacrificio". La idea de incorporar comportamiento no egoísta en su self era trabajo que todavía había que llevar a cabo; en este punto, sólo poseía el sentimiento naciente de que había comenzado a crear una manera de relacionarse con otros que tenía sentido, pero no podía definir qué era. Como apuntaba tan diestramente Stern (1997), la emergencia de un nuevo rasgo de este tipo no es tanto un "descubrimiento", como una creación de una nueva manera de ser.

A medida que la fantasía de hacer contribuciones a las vidas de otros seguía reemergiendo en sus asociaciones analíticas, Bill vio que sus inclinaciones altruistas constituían un deseo importante para él; deseo que, si llegaba a cumplirse, traería un sentido a su vida que todavía no había experimentado. Al esforzarse por "derrotar" a otros, había estado protegiéndose a sí mismo contra la vulnerabilidad que sentía por su deseo de crear un vínculo emocional. Temía ser manipulado y controlado si actuaba de manera altruista, pero en la realización exitosa de una estafa tenía una sensación de fortaleza en haberse aprovechado de las vulnerabilidades de otros. Si ponía fin a sus estafas, perdería su única fuente de sentirse competente. A pesar de que no quería continuar su patrón de explotar a los demás, sintió una creciente pero vaga sensación de peligro junto con el temor de perder la gratificación de su "capacidad emprendedora".

Entendimos su explotación y manipulación de otros como (1) ansiedad ante su inteligencia, necesitando evidenciar que era más listo que las personas que engañaba exitosamente; (2) una defensa contra el temor a ser herido por los que creía que se aprovecharían de su necesidad de ellos, revirtiendo así su vulnerabilidad en una sensación de control; y (3) una manera de contrarrestar el aburrimiento, aunque fuera de manera temporal. Todos estos tres motivos fueron ilustrados ante él con una intensidad vívida en sus fantasías de engañarme y su

inhabilidad de contemplar una alternativa. El espíritu de generosidad que había empezado a desear era, como ahora veía, tanto una reacción de culpa ante el maltrato de otros, como un deseo auténtico que le ofrecía una fuente potencial de sentido en su vida. Ser consciente de que manipular a los demás era una defensa contra su temor de ser herido, intensificó su motivación a renunciar al patrón, pero esto no llegó a terminar el trabajo. Cuando reflexionó seriamente sobre una vida sin controlar a los demás, se sintió débil, incompetente y vulnerable a la victimización en manos de otros.

Bill tenía una relación de objeto "explotador/víctima" profundamente codificada. Irónicamente, ambos rasgos estaban disociados. Traer tanto el temor de ser manipulado y la necesidad de explotar a otros a la interacción de transferencia-contratransferencia, le recordó que no estaba orgulloso de ser el manipulador, pero temía ser victimizado, y no veía otro camino. Estos estados disociados estaban plena y simultáneamente presentes en la conciencia en el espacio analítico. A medida que se entretenía con el pensamiento de dejar el rol de explotador, la única alternativa que podía concebir era la de ser la víctima de mi explotación. El deseo de Bill a rendirse en la explotación de otros simplemente cambió de lugar al self y al objeto dentro de la misma relación de objetos.

Bill tenía un dilema. ¿Cómo podría hacer cosas para otros si por resultado se convertiría en víctima de los demás? La magnanimidad significaba ser la "Madre Teresa", un mártir abnegado de quien muchos se podrían aprovechar fácilmente, un resultado vergonzoso. Por el contrario, deseaba cumplir ambiciones, pero sintió que el deseo persistente facilitaba una gratificación indecorosa que borraría la habilidad de contribuir a las vidas de los demás. Por otro lado, si lo posterior dominase su vida, temía la pérdida de su espíritu empresarial y sentirse incompetente. La alegría de dar, la satisfacción de obrar para sí mismo, la necesidad de fuerza y logro, y el temor a la vulnerabilidad y la necesidad de otros jugaban con él en un remolino de posibilidades estimulantes, pero confusas e incluso desorientadoras.

Bill era consciente de los motivos conflictivos y patrones relacionales, pero la conciencia simultánea de sus muchos estados no alteró ninguno de los mismos. Poder ver que todos estos rasgos eran partes de él no disminuyó los comportamientos manipulativos, sólo los aceptaba junto con sus otras tendencias. La conciencia de la naturaleza defensiva de sus manipulaciones, temores subyacentes, la gratificación en engañar y manipular a otros, y su deseo de dar a los demás, no hizo temblar su convicción de que su única alternativa a la manipulación era la victimización.

La lucha por la que pasó Bill sugiere un cuarto criterio. Las nuevas posibilidades psíquicas no pueden emerger como una acción formada. La importancia y significado del afecto en desarrollo se encuentra indeterminado hasta que alcance una forma en el proceso analítico. El paciente que reacciona al espacio recién abierto con una acción decidida y dirigida, no ha permitido que los deseos e intereses se articulen como realidades psíquicas plenamente

formadas. Las decisiones que cambian la vida, tomadas cuando el nuevo valor, deseo o afecto entra por primera vez en la conciencia, son típicamente maneras de simplificar la decisión para evitar la ambigüedad y el conflicto con otros estados. Por el contrario, resolver el acto puede ser auténtico sólo si se hace con plena conciencia de cada componente de la decisión y sus afectos acompañantes.

El paso crítico es el cuestionamiento analítico del supuesto del paciente de que las únicas posibilidades son los dos polos de la relación de objetos codificada y que intercambiar self por objeto no es un nuevo patrón, sino una trampa de las configuraciones tradicionales. Así, se le señaló a Bill que lo esencial de su dilema no era simplemente su necesidad de estafar, sino su convicción de que sólo podía ser el perpetrador o la víctima con los demás. Mientras Bill se esforzaba por encontrar qué otras maneras posibles había de relacionarse conmigo, la diada analítica se convirtió en el espacio potencial en el que se podían crear nuevas posibilidades. Fue entonces cuando Bill se sorprendió consigo mismo al darse cuenta repentinamente de que sus gratificaciones más grandes provenían de hacer por los demás. Este proceso demuestra tanto el rol del paciente como del analista en cambiar el espacio analítico de la constricción binaria del pasado del paciente a un espacio potencial que crea nuevas maneras de ser.

Para Bill, el reconocimiento de que le faltaba confiar en su propia competencia y que usaba la manipulación para conseguirla, junto con su deseo de contribuir a los demás, estimuló la idea de que podía ser posible encontrar un sentido de competencia dentro de su deseo de contribuir a las vidas de otros. Esta idea evocó un nuevo sentido de lo que significaba la competencia para él. Si podía ser creativo e ingenioso en la búsqueda de ayudar a otros, Bill se sentiría competente, encontraría una habilidad para influenciar que antes sólo había experimentado durante manipulaciones exitosas. Esta forma de competencia contemplada le dejó con un sentimiento de respeto por sí mismo, en lugar de vergüenza. Este cambio afectivo le sorprendió porque había estado equiparando la vergüenza con la vulnerabilidad en actos caritativos. Se dio cuenta de que podía sentir un sentimiento de fortaleza diferente al usar una nueva capacidad que servía a sus intereses altruistas. Y aunque no podía encontrar una manera de ser altruista hacia mí, decidió no engañarme ni manipularme, y, en ese sentido, al menos sentirse bien al respetarme. Y entonces se le ocurrió que tal transformación era una manera de darme a mí. De esta manera, Bill utilizaba el espacio analítico para experimentar con nuevas maneras de experimentar y obrar. Decidió entonces probar sus nuevas posibilidades en el mundo laboral.

Después de contemplar la posibilidad de usar sus habilidades empresariales para fines caritativos, comenzó a buscar trabajo en organizaciones sin ánimo de lucro. Con el tiempo, encontró un trabajo que cambió su trayectoria profesional de marketing a una posición ejecutiva en una ONG. A pesar de recortes en su salario, Bill estaba satisfecho de no tener que asumir la pobreza para trabajar por una causa caritativa. Aunque había descubierto

recientemente el valor del altruismo, Bill era una persona más completa en su nueva profesión porque sentía que encajaba mucho más con sus valores auténticos que en su empleo anterior. Su posición en la burocracia era lo suficientemente elevada como para afectar las políticas y los proyectos de la organización, y ese hecho le proporcionó un sentido de competencia que sintió que era necesario para una vida realizada. En breve, encontró una manera de satisfacer una variedad de necesidades en su nueva profesión.

Bill usó el espacio analítico para trascender su relación de objeto binaria de la infancia al utilizar las fortalezas de cada posición. Al experimentar la trampa de esos patrones y verlos en la relación analítica, Bill usó la apertura del espacio potencial para experimentar la competencia y el altruismo de una nueva manera. Al ver el altruismo no como una debilidad potencial, sino como un deseo auténtico para encontrar la realización, obtuvo un nuevo propósito para su vida que no dañó, sino mejoró su autoestima. En la búsqueda de cumplir su deseo de ayudar y simultáneamente ejercer sus capacidades intelectuales, trascendió su previa equiparación del altruismo con la vulnerabilidad. La antinomia "victimización/explotación" ya no gobernaba su vida. El quid de este movimiento analítico es esencial para entender que la solución de Bill no consistía en un balance o punto medio entre dos posiciones insostenibles, sino una nueva manera de ver sus necesidades de competencia y altruismo. En el espacio potencial de la diada analítica, el potencial psíquico previamente no formulado se verbalizó como nuevas maneras de ser y relacionarse.

DEL POTENCIAL A LA CODIFICACIÓN

Los gestos espontáneos, cuando aparecen, a menudo pasan desapercibidos por el paciente. Su emergencia repentina es difícil de encajar en el sentido del self y, al no ser codificado como parte del self, a menudo no son sentidos como reales por el paciente. Es el analista quien ha de iluminarlos como expresiones de algo nuevo que emerge de la experiencia del paciente. Al discernir el potencial en estas breves experiencias, el analista ve la posibilidad de que estos gestos espontáneos pueden convertirse en aspectos del self del analizando, y, bajo la contemplación de reconocimiento del analista, el paciente puede descubrirlos como reales. Este proceso es análogo al descubrimiento del bebé de sus estados en los ojos del cuidador.

Otro paciente, Doug, vino a análisis porque sintió que su profesión sufría de un patrón de pasividad del cual no parecía poder liberarse. Sentía que otros con menos talento que él tenían más éxito puesto que estaban más dispuestos a ser agresivos, algo que él no era. La exploración de los orígenes de su agresividad inhibida reveló que desde su recuerdo más temprano consideraba a su madre como frágil, fácilmente alterada por pequeños obstáculos e interrupciones. Él temía que si no cumplía con cualquier solicitud o deseo, ella colapsaría. Esta ansiedad de la infancia se convirtió en un patrón adulto de acomodación a los deseos de los

demás a la vez que desatendía sus propios intereses. Tenía un trabajo bien pagado, pero su educación y sus habilidades sugerían que debía estar en una posición de mayor autoridad y responsabilidad. De hecho, a menudo había considerado empezar su propio negocio, pero temía asumir el riesgo. Asoció su ansiedad de asumir riesgos y agresividad con el miedo a dañar a su madre con cualquier oposición abierta ante sus deseos. En la relación analítica, Doug temía estar en desacuerdo conmigo y tendía a asumir que mi entendimiento era el correcto, con poca expresión de cuestionamiento o desacuerdo.

A pesar del entendimiento que habíamos alcanzado respecto al origen de su inhibición, Doug tenía dificultades para cambiar su comportamiento. Teniendo en cuenta el peso que tenía sobre su vida, comenzó a odiar su pasividad y fantaseaba con cometer actos violentos para herir a las personas que interferían con sus objetivos, mientras continuaba actuando como si todavía temiese la fragilidad de su madre. Comenté repetidamente sobre su temor de estar en desacuerdo conmigo como si yo fuera su frágil madre, pero él sentía un impulso irresistible a seguir adelante con cualquier cosa que yo le dijera, suprimiendo cualquier objeción potencial. Yo, en cambio, sentí una ambivalencia respecto a cómo señalarle su inhibición y falta de capacidad de agencia. Sentí que Doug no llegaría a ningún lado salvo que yo persistiera en confrontar el asunto, pero temía que empujarle demasiado fuerte acabaría siendo demasiado perturbador, dañino para él. Me di cuenta de que lo consideraba frágil. Señalé que Doug y yo estábamos actuando ambos lados de la relación con su madre: o yo era la frágil madre y él temía hacerme daño, o yo era Doug y le consideraba como su fácilmente quebradiza madre.

La frustración de Doug aumentó a medida que se hacía más consciente del precio que pagaba por no avanzar en su profesión por culpa de su pasividad durante toda la vida y su inhabilidad para desplegar la agresividad fantaseada hacia cualquier propósito útil. En medio de esta experiencia frustrante, mencionó que su mujer hacía muy pocas contribuciones a su vida doméstica. A pesar de que Doug no parecía prestar mucha atención a la referencia a su mujer, yo detecté un tono de irritación imbricado en su comentario y le pregunté por ello. Dijo sentirse "molesto" por su fracaso de funcionar o contribuir a su matrimonio, tanto en lo financiero como en lo doméstico. Aunque su mujer no tenía un trabajo remunerado y la pareja no tenía hijos, Doug volvía a menudo de su exigente y tenso trabajo para encontrarse con la casa desordenada. Esta queja marcó la primera instancia en que Doug desplegó una muestra evidente de enfado, y, cuando comenté el afecto, comenzó a admitir que estaba insatisfecho con el comportamiento disfuncional de su mujer de varias maneras. Aunque había hablado poco de su matrimonio hasta ese momento, comenzó a expresar críticas cada vez más fuertes de su comportamiento hasta que reconoció que había estado enfadado con ella durante algún tiempo sin ser consciente de ello. Siendo una persona indulgente, Doug dijo que no le importaba cómo contribuía su mujer, siempre y cuando hiciera al menos *algo*. A medida que

iba elaborando sobre el desequilibrio de sus esfuerzos, se hizo consciente de que estaba tan cabreado e impaciente con su falta de funcionamiento como con sus excusas por ello. Estas afirmaciones constituían la expresión más fuerte del enfado de Doug hasta este punto del tratamiento, y según él, el afecto negativo más intenso de su vida. Nos sorprendió a ambos que el enfado emergió no en su vida laboral, sino en su relación marital.

La insatisfacción de Doug con su mujer y el enfado concomitante estuvieron disociados, apartados de su conciencia. No es que reprimiera un estado formado de rabia, sino que no permitió al enfado ser una parte de su vida. Su enfado existía únicamente en un estado potencial, in *status nascendi*, lo que Bucci (1997) llamó experiencia psíquica subsimbólica. Aunque no había obtenido una representación en la psique de Doug, una pequeña parte de este estado rechazado había aparecido en su comentario pasajero sobre la falta de contribución de su mujer al hogar. En el proceso de hacer consciente este estado, obtuvo forma por primera vez, y su emergencia le sorprendió.

Desde un punto de vista técnico, lo que llama la atención es que un comentario pasajero no detectado por Doug me causó una profunda impresión y se convirtió en un momento terapéutico esencial. Me impactó la manera casual en la que Doug hizo el comentario porque lo percibí como una erupción afectiva significativa, aunque expresada suavemente. La expresión poco común de sentimiento negativo me transmitió un vislumbre de algo mucho más profundo de lo que daba a entender su actitud. Sentí que el comentario estaba cargado con la agresividad que no pudo desplegar en su vida. Aunque inicialmente parecía que Doug apenas se daba cuenta del comentario, señalé el mismo como la expresión de un nuevo sentimiento, una referencia a territorio previamente sin explorar, y una vez que lo hice, Doug comenzó a ver su importancia. El uso de mi reacción para iluminar su avance afectivo fue esencial para desbloquear su agresividad previamente inhibida. Al destacar el comentario de Doug sobre su mujer, no sabía si mi observación daría algún fruto analítico, aunque detecté una señal de enfado y la alusión a un área de su vida que no había sido una temática del análisis. La novedad del comentario me llevó a traerlo a nuestra atención, y ese evento simuló rápidamente un conjunto de comentarios críticos y enfadados hacia su mujer. La emergencia de este afecto inició una lucha duradera por sacar su agresividad enterrada durante mucho tiempo ante la relación con su mujer y finalmente ante cualquier conflicto con el que se podía encontrar, cuyo resultado sería la codificación de su enfado.

Igual que con Bill, la interacción en la que Doug hizo el comentario que iluminé se convirtió en un evento terapéutico clave. A medida que se manifestaba el enfado de Doug hacia su mujer, vio que poseía un potencial agresivo, y aunque la emergencia de esta nueva propiedad psíquica comenzó con el comentario sobre su mujer, fue posible gracias a la apertura del espacio analítico y su importancia se hizo evidente por mi reconocimiento del mismo. Por tanto, ambos jugamos un rol en la apertura del espacio analítico para incluir la agresividad de

Doug.

Incluso después de que una disposición latente haya sido reconocida como una parte del self, no es todavía una guía para navegar por el mundo. El rol del analista es el de promover la comprensión del paciente del nuevo potencial descubierto al abrir el espacio para asociaciones espontáneas e iluminando posibles direcciones incrustadas en el encadenamiento de las asociaciones del analizando. En esta fase, el proceso de libre asociación no se utiliza como una indicación del pasado, sino como un reflejo de la esperanza del paciente de futuro, una dirección en la que el paciente desea moverse con sus descubrimientos emergentes. Doug y yo nos encontrábamos ahora ante un espacio potencial creado por la iluminación de las muy limitadas opciones según las cuales había llevado su vida; mi rechazo a estructurar el espacio a la vez que insistía en su apertura para la creación nueva; y la lucha de Doug con cómo usar ese espacio para desplegar su agresividad. Mientras mantenía mi postura fui frecuentemente tentado a proporcionar más estructura para reducir la ansiedad de ambos respecto a la ausencia de forma en la que pueden emerger posibilidades impredecibles. Igual que con Bill, sentí la presión por su parte para aliviar su ansiedad ofreciéndole algún tipo de orientación, pero resistí la tentación a favor de mantener la máxima cantidad de oportunidades de crear nuevas maneras de ser.

Cuando Doug comenzó a aceptar la profundidad y la penetración del enfado por su mujer, se quedó perplejo por su descubrimiento y me solicitó orientación. "¿Qué hago ahora?" me preguntaba. Mi respuesta iba dirigida a abrir el espacio para que pudiera expresar su agresividad. "¿Qué se te ocurre?" le pregunté. "Rabia", dijo, "Pero, no es útil porque es muy intenso. ¡No puedo gritarle y decirle lo perezosa que pienso que es!" Este miedo a desatar los afectos destructivos, una respuesta bastante común al soltar las inhibiciones, demuestra que Doug tenía una alternativa disociada, pero latente, a su pasividad. No es simplemente que la inhibición había estado reprimiendo una rabia potencialmente destructiva, sino que Doug veía únicamente las posibilidades de pasividad o ira virulenta. Al igual que Bill, estaba atrapado binariamente entre dos opciones inaceptables. Una vez más me impactó el comentario agresivo de Doug, esta vez por su intensidad, y me preguntaba sobre su habilidad para comunicar afectos negativos sin consecuencias dañinas. De esta manera, mi experiencia reflejaba su dilema binario, pero me comprometí a no sucumbir al temor que le había mantenido preso a lo largo de toda su vida. Sentí un compromiso hacia él de confiar el espacio analítico a su participación en nuevas maneras de ser agresivo.

En el caso de Doug, la sensación que él tenía de la fragilidad de su madre significaba que había internalizado la agresividad como dañina, por lo que la única alternativa que se podía imaginar era el rechazo de todo afecto negativo. Cuando le pregunté a Doug por los motivos por los que no soltaba su enfado, como él lo había llamado, el propósito no era sugerir que lo hiciera, sino sacar más plenamente el otro lado de la relación de objeto. "Simplemente es

insultante, únicamente le haría daño. No quiero hacerle daño. Sólo empeoraría las cosas." En estos comentarios, Doug estaba elucidando los valores que mantenía profundamente y que parcialmente motivaron la disociación de su agresividad. Le iluminé su conflicto entre la crítica vitriólica y la rabia que sentía por su mujer, por un lado, y su preocupación por hacerle daño, por el otro. Le indiqué a Doug que buscaba hacer justicia tanto a su rabia e insatisfacción, por un lado, y a su creencia de respetar a los demás y considerar una respuesta posiblemente contraproducente. La introducción de ambos lados de la antinomia al espacio analítico enfrentó a Doug con un conflicto entre dos estados del self previamente disociados. Notó que el conflicto no era simplemente entre diferentes partes de sí mismo que buscaban expresarse, sino también entre sus deseos y las respuestas de su mujer, que sabía que no serían receptivas de sus críticas.

Incapaz de pensar otra manera de transmitir su rabia que el abuso verbal, Doug se sintió tentado a retirarse del conflicto, volver a su posición de impotencia, y ceder ante el comportamiento disfuncional de su mujer. Además de interpretar esa postura como una regresión al vínculo maternal temprano, enfatiqué que se sentía atrapado entre dos opciones inaceptables: la pasividad, consintiendo en el comportamiento de su mujer, o un asalto abusivo que violaba su creencia de cómo había que tratar a los demás. Noté que la única expresión de insatisfacción que podía imaginarse incluía la devaluación y hasta el lenguaje abusivo. Seguí diciendo que había adoptado la fragilidad de la madre como la reacción prototípica ante el enfado por lo que pensaba que el daño era inherente en su agresividad, y por tanto era mejor mantenerse fuera de las interacciones para preservar el bienestar de todos. Al enfatizar su adherencia a dos opciones inviables, no estaba simplemente interpretando su conflicto por la agresividad, sino sosteniendo e intentando ampliar la apertura de la interacción analítica para que las nuevas posibilidades tuvieran la mejor oportunidad de emerger. Igual que con Bill, el espacio analítico se abrió por hacer consciente la trampa binaria en la que había estado viviendo y enfatizando su creencia de que esas opciones eran sus únicas maneras de ser, en este caso, utilizando la agresividad.

La reacción de Doug era considerar nuevas posibilidades. Al reflexionar sobre la rabia hacia su mujer y su disgusto por el abuso verbal, Doug se dio cuenta de que el daño que producía la rabia estaba enraizada en su cualidad denigrante. Se preguntaba si sería posible estar enfadado con su mujer sin insultarla con injurias verbales. Este comentario jugaba con la posibilidad que nunca pensó posible: que podría articular su rabia junto con su creencia de respetar a los demás. De esta manera, comenzó a usar el espacio abierto de la relación analítica para experimentar con maneras de ser. Este espacio había sido creado por nuestro reconocimiento mutuo de la inoperancia de sus maneras severamente restringidas de construir afectos negativos. Me sentí constreñido por su ansiedad respecto a la agresividad, pero hacer consciente la trampa binaria ofrecía una salida, y la voluntad de Doug a probar nuevas

posibilidades abrió incluso más el espacio analítico. Al igual que Bill, la transformación del espacio analítico requería un esfuerzo conjunto en mi cuestionamiento de los rígidos patrones relacionales en los que nos hallábamos y en su voluntad de aprovecharse de esta apertura emergente.

El comentario de Doug de que no quería insultar a su mujer era el primer momento que entretenía seriamente la posibilidad de expresar la agresividad de una manera que encajaba con su creencia sobre cómo debía ser él. Fueron necesarias varias instancias de este tipo antes de que Doug pudiera reconocer sus respuestas de rabia sin mediación y entonces encontrar una manera de movilizarlas hacia maneras de ser que podía respetar. De esta manera, Doug estaba creando un *modus operandi* agresivo para sí mismo que, aunque nuevo para él, encajaba con sus valores duales de respetar a los demás y ejercer la libertad de expresar su vida afectiva, por muy negativa que sea.

Es necesario enfatizar que cuando Doug se sintió perplejo sobre cómo mostrar su rabia, formulé su desconcierto y parálisis como una inhabilidad de encontrar maneras auténticas de transmitir sus convicciones, de actuar de acuerdo con sus creencias y valores. Cuando superamos esta inhibición de la agresividad suficientemente como para experimentar con maneras agresivas de ser, no sabía cómo comunicar sentimientos negativos dentro del contexto de respetar al otro. Esta inhabilidad no era una "resistencia", sino una serie de tropezones por territorio desconocido sin brújula.

Doug eventualmente se volvió demasiado contundente a medida que persistía en su demanda de que su mujer hiciera más. Aunque a veces ella le encontraba insoportablemente demandante, él no sentía ningún conflicto en esta persistencia obstinada ya que se abstenía cuidadosamente de cualquier mínima denigración. En este momento, Doug le hizo saber a su mujer prácticamente cada noche que ella no cargaba con su propio peso, y que su bajo nivel de contribución era inaceptable para él. Simultáneamente, se volvía cada vez más consciente de su rabia en una variedad de situaciones, incluyendo el uso de sus reacciones negativas para confrontar a su jefe cuando estaba en desacuerdo con las decisiones de la compañía. Si una situación no se podía cambiar, buscó y a menudo encontró nuevos caminos por los que alcanzar sus objetivos. Quiriendo proseguir sus ideas de maneras innovadoras incluso contra una oposición considerable, ganó mucha más influencia en su compañía, y Doug fue finalmente ascendido a una posición más de acuerdo con sus conocimientos y experiencia. El hecho de que se había vuelto cada vez más contundente en el despliegue de agresividad en una variedad de situaciones, la mayoría de las cuales no se habían mencionado en el análisis, indicó que estaba creando nuevas maneras de ser.

La relación analítica será beneficiosa hasta el punto de que el paciente tenga la habilidad de crear modos auténticos de participar en el mundo para sustituir los patrones antiguos. Esa habilidad creativa es constreñida por las exigencias ambientales y los deseos conflictivos tanto

del paciente como de otros, por lo que a pesar de los ánimos que proporciona el analista a la espontaneidad del paciente, la relación que el paciente crea se limita inherentemente por el marco de la situación analítica y la experiencia del analista (Modell, 1991; Summers, 1999b). Aunque el analista desea dar la bienvenida a tales cambios como ejercicios saludables de superación de ansiedades e inhibiciones que han durado toda la vida, es inevitable que en algunos puntos las reacciones del analista se opongan a la expresión plena de sus nuevas maneras creadas de relacionarse con otros. Los esfuerzos del analizando en crear nuevas posibilidades pueden encontrarse con la subjetividad del analista de maneras muy variadas, como la confrontación con un analizando previo inhibido que desarrolla una demandante agresividad, o, más comúnmente, por medio de peticiones o demandas que el analista no está dispuesto a cumplir.

Tal conflicto apareció cuando Doug se envalentonó a confrontar lo que él veía como mis fracasos y errores. En algunos momentos, su crítica se volvía severa, y él prestaba mucha atención a mis reacciones. Mis respuestas eran una mezcla de sorpresa, enfado, apreciación de su habilidad para hacerlo, un sentimiento de éxito terapéutico y miedo del genio que había sido soltado de la botella, un reconocimiento de que a menudo él estaba en lo cierto, y la necesidad de defenderme ante lo que yo sentía que era una crítica injusta. Sentí que la acción terapéutica importante radicaba en el reconocimiento del valor de su franqueza, la aceptación de lo que yo consideraba como su crítica válida de mi trabajo, y la confrontación con lo que yo sentía que era una crítica injusta. Le dije lo que encontré correcto en su crítica y qué comentarios críticos consideraba como una expresión exagerada de mis debilidades. Mis respuestas sirvieron de limitaciones a su habilidad de crear la relación sobre la base de autoexpresión pura, lo que Winnicott (1953/1971) llamó "el lado negativo de la relación". Cuando respondí con explicaciones y reacciones propias, reconsideró algunos de sus ataques más severos. Aunque cada uno se acercaba en alguna medida hacia la posición del otro, el resultado final no era que llegáramos a un acuerdo completo sobre mis fortalezas y limitaciones, sino que intercambiamos puntos de vista sobre su apreciación e insatisfacción con mi desempeño. En el dar y recibir de esta interacción, Doug modificó, pero no cambió del todo, su crítica de mi trabajo de acuerdo con las respuestas que obtenía de mí. En algunos casos, simplemente aceptó que veíamos la situación de diferentes maneras. Sin esas respuestas, el peligro reside en que el paciente vaya a formar la relación ilimitado por las realidades de la interacción humana y dejando el análisis con una omnipotencia residual (Winnicott, 1969/1971).

El choque entre los deseos del paciente y las reacciones del analista es el límite de la habilidad del paciente para formar la relación deseada. En el espacio analítico, el desafío para el paciente es cumplir la necesidad de crear nuevas maneras de ser y relacionarse dentro de los límites de la subjetividad del analista y del setting analítico. Por último, el paciente ha de crear

alternativas a los patrones de la infancia no en la fantasía absoluta de omnipotencia infantil temprana, sino en el mundo complejo del espacio potencial, esa amalgama de fantasía y realidad en el que la vida diaria es vivida. Encontrar una manera de vivir que encaje los deseos del paciente y las realidades del mundo interpersonal es el desafío del proceso analítico y del vivir. El analizando que se engancha en cualquier cuerno del dilema permanecerá atrapado en un sistema binario y, por tanto, caerá probablemente en una desesperanza clínica como respuesta a un mundo obstinado o a expectativas omnipotentes para su vida.

CONCLUSIÓN

Como hemos visto en estas viñetas clínicas, tanto Doug como Bill tenían que encontrar una manera de navegar la comprensión del potencial recientemente descubierto, valores opuestos, y restricciones de la realidad, a menudo encarnadas en la subjetividad de otros. En el modelo analítico clásico, el analizando debe encontrar una manera de satisfacer sus deseos y valores rivales (e.g., Brenner, 1976), pero en el modelo de la creación del self, la resolución no consiste en un compromiso entre fuerzas preexistentes, sino en una nueva manera de ser que trasciende las antinomias de la infancia. La diferencia entre un compromiso negociado y la creación de nuevas maneras de ser representa una ruptura decisiva con el pasado. El valor último de cambiar a un modo nuevo de ser es la habilidad de crear nuevas formas de relacionarse con el mundo. El acto de crear nuevos patrones establece la capacidad de agencia, la habilidad de trascender patrones tradicionales. En un análisis exitoso, el paciente aprende a superar el conflicto ejerciendo esta nueva capacidad.

El último impacto terapéutico de la agresividad de Doug no era que simplemente encontró una manera de influenciar en su mujer para que se comportara de manera diferente, sino que estaba encontrando maneras de *tener* influencia utilizando estados psíquicos previamente latentes. El cambio duradero en su vida era su habilidad de acceder a sentimientos y pensamientos rechazados para enfrentarse a los conflictos interpersonales que previamente consideraba como irremediables. Esta capacidad recién descubierta de crear una manera de ser que trascienda los deseos conflictivos y las demandas de la realidad, binarios, en una situación dada, equivale a la habilidad de crearse a uno mismo. Hacer frente a cada desafío de una manera auténtica constituye la auto-creación, una habilidad que la relación psicoanalítica puede proveer al estar diseñada de manera única para ello. La fe de Doug en su habilidad para causar impacto sin ninguna ilusión de omnipotencia fue posible gracias a un proceso analítico que descubrió el potencial latente y ofreció una oportunidad para hacer realidad nuevas maneras de ser.

Tanto Doug como Bill se enfrentaron al desafío creativo planteado por conflictos que duraron toda la vida una vez que los estados disociados emergieron a la conciencia por medio del trabajo analítico. Durante la creación de una manera para utilizar su altruismo congruente

con sus ambiciones y necesidades de logro, Bill descubrió que podía crear nuevas maneras de ser. Doug creó una manera de desplegar su agresividad y tener una influencia que beneficiaría, en lugar de dañar, su vínculo matrimonial. A medida que cada hombre trajo su estado conflictivo del self al espacio analítico, encontraron momentos de oposición ante cada estado que les obligaban a dar una respuesta novedosa, y así hicieron, creando una nueva manera de ser, una nueva parte de sí mismo.

REFERENCIAS

- Aron, L. (1992), Interpretation as an expression of the analyst's subjectivity. *Psychoanal. Dial.* 2:470-507.
- _____ (1997), *A Meeting of Minds: Mutuality in Psychoanalysis*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Beebe, B. & Lachmann, F. (2002), *Infant Research and Adult Treatment*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Benjamin, J. (1995), *Like Subjects, Love Objects*. New Haven, CT: Yale University Press.
- _____ (1997), *The Shadow of the Other*. New York: Routledge.
- Bion W. (1965), *Transformations*. London: William Heinemann.
- Bollas C. (1987), *The Shadow of the Object*. London: Free Associations.
- Bollas C. (1989), *Forces of Destiny*. London: Free Association Books.
- Brenner C. (1976), *Psychoanalytic Technique and Psychic Conflict*. New York: International Universities Press.
- Bromberg P (1998), *Standing in the Spaces: Essays on Dissociation, Trauma, and Clinical Process*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Bromberg, P. (2006), *Awakening the Dreamer: Clinical Journeys*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Bucci, W. (1997), *Psychoanalysis and Cognitive Psychology*. New York: Guilford.
- Demos V (1983), A perspective from infant research on affect and self-esteem. In: *The Development and Sustaining of Self-Esteem in Childhood*. T. Mack, & S. Ablon, S. eds. New York: International Universities Press.
- Demos V (1988), Affect and the development of the self: a new frontier. In: *Frontiers in Self Psychology: Progress in Self Psychology Vol.3*. ed. A. Goldberg Hillsdale, NJ: The Analytic Press, pp. 27-53.
- Fonagy, P., Gergely, G., Jurist, E., & Target, M. (2002), *Affect Regulation, Mentalization, and the Development of the Self*. New York: The Other Press.

- Frank K (1993), Action, insight, and working through. *Psychoanal. Dial.* 3: 535-577.
- Green, A. (1975), The analyst, symbolization and absence in the analytic setting. *Internat. J. Psycho-Anal.* 56:1-19.
- _____ (1978), Potential space in psychoanalysis. In: *Between Reality and Fantasy*, ed. S. Grolnick & L. Barkin. New York: Jason Aranson, pp.167-190.
- Grolnick, S. (1990), *The Work and Play of Winnicott*. Northvale, NJ: Jason Aranson.
- Keats, J. (1817), Letter to brother, December 21, 1817. In: *Romanticism: an anthology, Edition: 3*, ed. W. Duncan W. & Wu. Duncan. New York: Blackwell, 2005, p.1351.
- Kohut H (1977), *The Restoration of the Self*. New York: International Universities Press.
- Loewald H (1960), The therapeutic action of psychoanalysis. In: *Papers on Psychoanalysis*. New Haven: Yale University Press, pp. 221-257.
- Mitchell S (1988), *Relational Concepts in Psychoanalysis*. Cambridge: Harvard University Press.
- _____ (1993), *Hope and Dread in Psychoanalysis*. New York: Basic Books.
- Modell A (1991), *Other Times, Other Realities*. Cambridge: Harvard University Press.
- Ogden T. (2001), *Conversations at the Frontier of Dreaming*. Northvale, NJ: Aronson.
- Phillips A. (1998), *Beasts in the Nursery*. New York: Vintage.
- Sanville, J. (1971), *The Playground of Psychoanalytic Therapy*. Hillsdale, NJ: TheAnalytic Press.
- Slochower J. (1996), *Holding and Psychoanalysis*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Stern Da. (1985), *The Interpersonal World of the Infant*. New York: Basic Books.
- _____, Sander, L., Nahum, J., Harrison, A., Lyons-Ruth, K., Morgan, A., Bruschiweilerstern, N., and Tronick, E. (1988), Non-Interpretive mechanisms in psychoanalytic therapy: The 'something more' than interpretation. *Internat. J. of Psycho-Anal.* 79:903-921.
- Stern D. (1997), *Unformulated Experience: From Dissociation to Imagination in Psychoanalysis*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Stern, D. (2004), *Partners in Thought: Working with Unformulated Experience, Dissociation, and Enactment*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Strenger C. (1998), *Individuality: The Impossible Project. Psychoanalysis and Self Creation*. Madison, CT: International Universities Press.
- Summers F. (1999a), *Transcending the Self*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- _____ (1999b), Transitional space and psychoanalytic boundaries. *Psychoanal. Psych.* 16: 3-20.
- _____ (2005), *Self Creation: Psychoanalytic Therapy and the Art of the Possible*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.

- Symington N (2007), A technique for facilitating the creation of mind. *Internat. J. of Psychoanal.* 88: 1409-1422.
- Tomkins S (1962), *Affect, Imagery, and Consciousness: the Positive Affects*. New York:Springer.
- _____ (1963), *Affect, Consciousness: the Negative Affects*. New York: Springer.
- Wachtel, P. (1982), Vicious circles: 1—the self and the rhetoric of emerging and unfolding. *Contemp. Psychoanal.* 18: 259-273.
- Winnicott, D. (1953/1971), Transitional objects and transitional phenomena. In: *Playing and Reality*. London: Routledge.
- _____ (1965), *Maturational Process and the Facilitating Environment*. New York: International Universities Press.
- _____ (1969/1971), The use of an object and relating through identifications. In: *Playing and Reality*. London: Routledge.
- _____ (1971), *Playing and Reality*. London: Routledge.

Original recibido con fecha: 15-11-2014 Revisado: 15-2-2015 Aceptado para publicación: 20-2-2015

NOTAS

¹ Publicado originalmente en *Psychoanalytic Dialogues*, 21 (2), 1-19. Traducido y reproducido con autorización del autor y de los editores. Traducción castellana no revisada de Aleksander Baro para Ágora Relacional.